

Los pobladores Refundan la ciudad

Mario Garcés Durán

De los ranchos, conventillos y poblaciones callampas, hasta las grandes poblaciones de hoy, un largo proceso que va desde las “soluciones habitacionales” hasta “las tomas”, los que fueron habitantes marginales se han convertido propiamente en ciudadanos capaces de re-fundar la ciudad.

La histórica ciudad de Santiago, fundada en 1541, tuvo un crecimiento relativamente pausado en los tiempos coloniales y no fue hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando ésta crecía desordenadamente, que se hizo necesario emprender la primera reforma urbana, tarea que condujo el entonces Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna. Más tarde, en los años treinta, del siglo XX, la construcción del barrio cívico representó una nueva transformación y a fines de los años cincuenta los técnicos del Ministerio de Obras Públicas se dieron a la tarea de planificar la expansión urbana considerando, entre otros, la construcción de la circunvalación Américo Vespucio.

En todos estos casos, la reforma o la planificación del desarrollo urbano vino desde el Estado, es decir, desde la autoridad política y las instituciones que debían velar por el desarrollo de la ciudad. Sin embargo, la ciudad no es resultado únicamente de la acción del Estado, sino que también de una diversidad de “actores urbanos”, es decir sujetos colectivos que encarnan iniciativas que van dando una determinada fisonomía a la ciudad. En este sentido, es evidente, por ejemplo, que el primer trazado urbano fue obra del conquistador español que siguiendo las orientaciones urbanas de la ocupación repartió entre su hueste la ciudad originaria. Pero, pasado el tiempo, la ciudad fue habitada no sólo por los invasores, sino por los nativos y los mestizos, que fueron sometidos a las tareas de los “servicios urbanos” así como a ocupar un lugar en la ciudad, habitualmente precario y hacia la periferia.

La ciudad, en este sentido, tanto en su origen como en su desarrollo posterior no pudo sino reproducir el orden social que se constituía. La ciudad no es inocente desde el punto de vista social, sino que más bien “materializa” las diferencias, las hace visibles y en cierto modo define en un sentido espacial el lugar que los ciudadanos ocupan en la estructura social. En el caso de la sociedad chilena, la ciudad de Santiago es muy expresiva del orden y de las jerarquías sociales desde su origen, pero más todavía, la primera reforma urbana –la que puso en práctica el intendente Benjamín Vicuña Mackenna– fue necesaria por los problemas que representaban el crecimiento de los pobres en la ciudad. El diagnóstico de Vicuña Mackenna, fue en este sentido paradigmático, al indicar que en realidad en Santiago convivían dos ciudades: “la propia, opulenta y cristiana” como llamó el intendente al núcleo histórico, y la ciudad “bárbara” o popular, como definió a la ciudad de los pobres, que ya en ese tiempo ocupaba un espacio semejante al de la ciudad de la élite, sobre todo hacia el sur del Canal de San Miguel (la actual Avda. Diez de Julio).

¿Quiénes eran estos pobres que alteraban el desarrollo de la ciudad y que la hacían crecer sin seguir ningún plan de edilidad, como llamaba la atención Vicuña Mackenna? Eran básicamente campesinos, que estaban dando inicio al proceso de emigración del campo a la ciudad que recorriendo diversos ciclos no se interrumpiría desde la época en que escribe Vicuña Mackenna, en los años setenta del siglo XIX, hasta prácticamente las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX. Es decir, prácticamente cien años de oleadas de campesinos y de ciudadanos de pueblos o capitales de las provincias que creyeron ver en Santiago un destino mejor para sus vidas. Por cierto, este fenómeno social produjo grandes problemas urbanos para la ciudad capital de Chile, pero tal vez el mayor fue el de la habitación popular, que ya había visto Vicuña Mackenna, al describir la ciudad de los pobres, como tolderíos o “aduares africanos” insertos “en la culta capital de Chile”.



Las acciones de presión y autoorganización de los pobladores se potenciaron al máximo -por ejemplo, entre 1969 y 1971 se contabilizaron 312 tomas de diverso tamaño, que involucraban a más de 50 mil familias y cerca de un cuarto millón de habitantes de Santiago-.

Las callampas

En realidad, los pobres que arribaron a la capital habitaron primero en ranchos, luego en conventillos y finalmente, cuando el déficit habitacional crecía, arrendando alguna pieza, como “allegados” en la casa de algún amigo o familiar, o definitivamente, en “poblaciones callampas”. Hacia 1952, cuando se realizó el Primer Censo Nacional de la Vivienda, se tuvo que reconocer que el déficit de viviendas a nivel nacional alcanzaba al 30% y en Santiago, llegaba al 36.2%, es decir, estaba seis puntos arriba de la media nacional. En términos de población, en las 104.531 viviendas precarias de Santiago vivían 447.026 personas mientras que en viviendas unifamiliares en mal estado lo hacían 85.745 lo que sumaba 534.771 habitantes que representaban el 30.5% de la población de la capital.

Los magros resultados sociales de nuestro desarrollo como país pobre y desigual tenían su correlato en los magros resultados en el desarrollo de nuestra ciudad capital. El Estado, a partir de los años cincuenta, habida cuenta de los resultados del Censo, tuvo que darse a la tarea de recrear instituciones y asignar recursos para emprender el cambio, una acción mínima de justicia social, y en este contexto,

en 1953 se creó la CORVI (Corporación de la Vivienda) y en 1965, el Ministerio de la Vivienda y Urbanismo. Pero, la acción del Estado fue lenta y muchas veces engorrosa y burocrática, amén de que los recursos fueron siempre insuficientes para el nivel de necesidades. Los afectados, por su parte, es decir los “pobladores”, siempre contaron con algún nivel de organización que les permitía emprender “obras de adelanto” en sus barrios, incluso en las poblaciones callampas que se extendían por el Mapocho y por el histórico Zanjón de la Aguada. A partir de estas organizaciones, que se potenciaron en los años cincuenta y sesenta, entre otros, por el apoyo que recibieron de los partidos políticos, de la Iglesia Católica y en determinados momentos del gobierno (tal fue el caso de la Promoción Popular en los años sesenta), se fueron convirtiendo en activos interlocutores del Estado.

La toma va

El principal recurso de los pobladores, a partir de sus organizaciones, fue el de la ocupación del suelo urbano, siguiendo caminos institucionales y extra institucionales. Entre estos últimos, el más característico fue “la toma de sitios”. Por cierto, se trataba de una medida extrema, pero necesaria que actuó como presión y como solución para miles de familias pobres de Santiago. Entre las más conocidas están la “toma de Zañartu” en el sector sur del Estadio Nacional en 1947, cuyos ocupantes fueron trasladados a la Población La Legua; la “toma de La Victoria” en 1957, que protagonizaron pobladores del Zanjón de la Aguada, luego de dos incendios que provocaron estragos en octubre de ese año; la “toma de Santa Adriana, en 1961; y, la “toma de Herminda de la Victoria”, en 1967, que abriría un ciclo de tomas y “operaciones sitios” que a fines de los sesenta terminarían por transformar la ciudad de Santiago.

“Soluciones habitacionales”

En los años sesenta, los pobladores habían realizado ya diversos aprendizajes, que los convertirían a fines de esa década, como indicó un arquitecto y urbanista de la Universidad Católica, en “la fuerza social más influyente dentro de la comunidad urbana de Santiago”. En efecto, si bien a partir de 1959, con el Plan habitacional del gobierno de Alessandri, se inició una activa política de vivienda, a partir de la cual nacieron poblaciones como San Gregorio, Neptuno y la más grande de todas, la Población José María Caro, pero siempre miles de familias quedaban en “listas de espera”, lo que gatilló la “toma de Santa Adriana” en 1961. Con Frei, los planes fueron más ambiciosos y más participativos, de tal modo, que no sólo se construirían más viviendas, sino que a propósito del terremoto de marzo de 1965 y de los respectivos temporales de ese año, el gobierno inventó la “operación sitio”, que buscaba generar lo que eufemísticamente se denominó “soluciones habitacionales” (un sitio urbanizado con una construcción mínima). Pero aun así, no alcanzaba, la demanda de viviendas era siempre mayor que lo que el Estado ofrecía y los pobladores, que creaban y multiplicaban los “comités de sin casa” recurrieron una vez más a “la toma”. Esta vez fue Herminda de la Victoria, en 1967, en Barrancas, comuna de la zona Oeste de Santiago.

A partir de esta “toma” la presión se incrementó no sólo porque el contexto político favorecía las movilizaciones populares, sino porque los pobladores aprendieron que organizándose, inscribiéndose en los diversos planes de vivienda que ofrecía el MINVU y sumando cuotas en sus libretas de la vivienda, podían presionar al gobierno para que adquiriera suelo urbano y pusiera en marcha nuevas “operaciones sitios”. De este modo, en la coyuntura 1967 y 1970, una combinación de “tomas”, “operaciones sitios” y la construcción de nuevas poblaciones, expandieron todos los límites urbanos de Santiago, dando origen a las poblaciones que hoy definen el Santiago popular: La Bandera, Villa O'Higgins y Nueva Habana

(actual Nuevo Amanecer) por el sur; La Faena y Lo Hermida, por el oriente; Violeta Parra y Sara Gajardo por el oeste (Villa Francia y Robert Kennedy se habían iniciado unos años antes); El Cortijo, La Pincoya y Pablo Neruda, por el norte.

Las acciones de presión y autoorganización de los pobladores se potenciaron al máximo –por ejemplo, entre 1969 y 1971 se contabilizaron 312 tomas de diverso tamaño, que involucraban a más de 50 mil familias y cerca de un cuarto millón de habitantes de Santiago– pero además, cada acción de “poblamiento” iba acompañada de asambleas, constitución de comisiones de trabajo, construcción de los espacios públicos, la plaza, la escuela, el consultorio y las iglesias locales. Es decir, en todos los casos, sea por la vía de la toma, la operación sitio o la asignación de casas definitivas, los pobladores modifican su pertenencia a la ciudad y se hacían “ciudadanos” de “poblaciones definitivas” dejando atrás el pasado de los ranchos, conventillos y callampas. No era un cambio menor, redefinían su posición en la ciudad y al mismo tiempo, sin saberlo, estaban refundando la ciudad de Santiago.



La ciudad no es inocente desde el punto de vista social, sino que más bien “materializa” las diferencias, las hace visibles y en cierto modo define en un sentido espacial el lugar que los ciudadanos ocupan en la estructura social.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o

editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007